

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

# crear

## LA AGILIDAD

Leo la *Suma teológica* de Tomás de Aquino, un libro que atesora gran parte de la sabiduría medieval, y tropiezo con una idea fascinante. Aquino cree en la resurrección de los cuerpos, y se pregunta cómo serán esos cuerpos resucitados, esos cuerpos “gloriosos”. El buen dominico no se arredra ante la dificultad. Responde con gran convicción que una de sus características será la agilidad. La define como la sumisión completa del cuerpo a la idea.

Como la capacidad de moverse de acuerdo con el espíritu. No sé si les he contado que yo estudié filosofía porque en mi adolescencia lo que verdaderamente me emocionaba era la danza. Quería dedicarme a algo que tuviera que ver con el baile. Como en España en esa época no había escuela de danza, ni siquiera una compañía de ballet estable, pensé que mientras se aclaraba mi porvenir estaría bien adquirir una cultura artística, y para ello comencé a estudiar Filosofía y Letras. Entonces descubrí que lo que me emocionaba del baile era algo que transcendía el baile. Era la experiencia de convertir el esfuerzo en gracia. Aún sigo trastornado por esa experiencia. El bailarín trabaja, ensaya, suda en la barra para conseguir la agilidad y que no se note el esfuerzo. Para que su cuerpo sea dócil bajo el poder de la música.

¡Oh, cuerpo curvado por la música,  
oh, mirada iluminada!

¿Cómo podríamos distinguir  
el danzante de la danza?

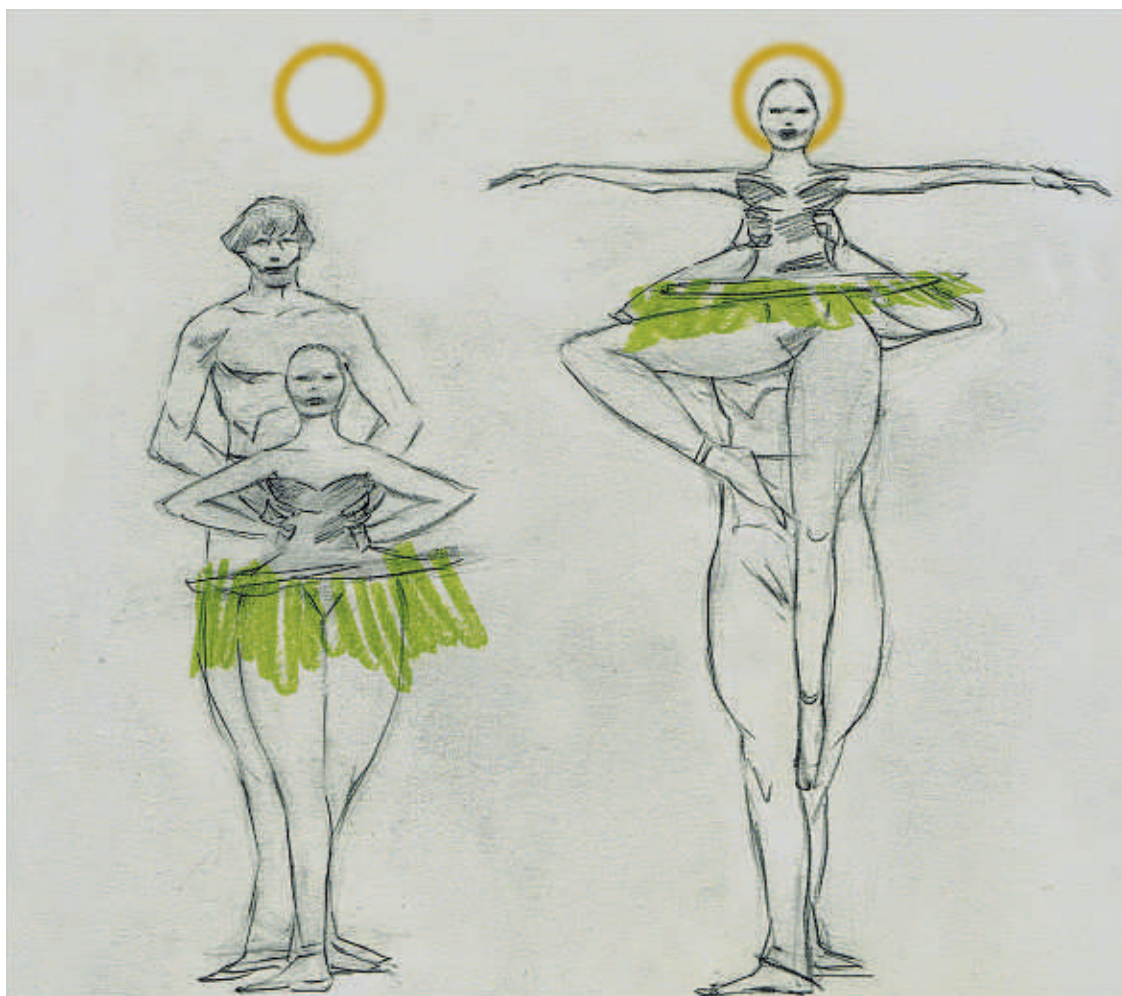
Así canta Yeats. Así quería ser yo. Descubrí entonces que ese sentimiento de agilidad puede darse en múltiples registros vitales. Estudiar es pesado –es como los ejercicios de barra–, pero pensar bien es glorioso. Entrenarse es duro, pero jugar con soltura es magnífico. Me pareció que la filosofía era un modo de bailar. Nietzsche dijo que era bailar por encima de uno mismo. Cuando experimentamos la torpeza, la limitación, la pesadez, la agilidad aparece como la gran utopía. Los griegos consideraban que la gracia era el dinamismo de la belleza, la belleza que nos contagia su dinamismo, y que experimentamos por ello como euforia: somos bien-llevados por ella. En ese instante de arrebato, escribía Ortega, “la onerosa vida pierde peso, se torna

ligera, ágil, rápida, en suma *alacer*”. *Alacer* es la palabra latina de donde viene la nuestra *alegría*. Por otra parte, *alacer* corresponde al vocablo griego *elaphos*, que designa los mismos valores, lo sin peso, ligero y rápido. De ahí que *elaphos* signifiquen *el ciervo*.

**EL BAILARÍN  
TRABAJA,  
ENSAYA,  
SUDA EN LA  
BARRA PARA  
CONSEGUIR  
QUE NO SE  
NOTE EL  
ESFUERZO**

De todas estas cosas hablé hace unos días en Bilbao a entrenadores y profesores de educación física. Quería que comprendieran que su tarea educativa es profunda y hermosa, como la agilidad. Isaías convertía al justo en un atleta al decir de él: “Correrán sin cansarse”.

El inagotable Tomás de Aquino señala otra cualidad del cuerpo glorioso: la claridad. La pintura tradicionalmente la representaba como un halo luminoso en torno a la cabeza de los santos. Es la irradiación de la verdad, de la bondad, de la belleza. En un bosque enmarañado nos encanta descubrir un *claro*. Algo semejante sucede en la espesa jungla de la humanidad. Encontramos personas luminosas. Y es una experiencia inolvidable. Me gustaría explotar este nuevo manantial de significado, pero tendrá que quedar para otro día. ■



Raúl